



EL ENAMORAMIENTO DE DIOS

Yo creo que todos vosotros habéis estado presentes en las charlas que dio Amadeo Cencini en las jornadas sacerdotales, o los que no habéis estado presentes, por YouTube le habéis seguido y habéis tenido ocasión de escuchar sus charlas. Yo creo que nos han hecho un gran bien. Yo, con el deseo de complementar todo lo que él nos explicó sobre el tema referido a la fundamentación de lo que es el celibato, de lo que es nuestra relación sponsal con Jesucristo, la madurez afectiva, etc he recurrido a un libro suyo, a uno de los muchos libros que tiene publicados, y en uno de sus capítulos él habla del enamoramiento de Dios.

Entonces yo sirviéndome de ello, voy a hacer el retiro pero me tomo mis libertades, eso lo confieso que me tomo mis libertades, y que aunque sigo básicamente el esquema que él propone que es bueno, me tomo mis libertades de incluir algunas cosas, etc, pero soy bastante fiel en la charla que doy al esquema suyo sobre el enamoramiento de Dios. Creo que esta charla es complementaria del curso que él nos dio. Creo que especialmente pone el acento, la charla que yo voy a dar, no tanto en analizar las heridas afectivas y el riesgo de inmadurez afectiva, sino más bien la charla que yo voy a dar pone su acento en el aspecto teológico de cómo el corazón del hombre está hecho para enamorarse de Dios.

Y parto de un texto de la primera carta de Juan, capítulo cuarto, versículo del 16 al 18: «Y nosotros hemos conocido y hemos creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él. En esto ha alcanzado el amor la plenitud en nosotros: en que tengamos confianza en el día del juicio, pues según es él, así seremos nosotros en este mundo. No cabe temor en el amor; antes bien, el amor pleno expulsa el temor, porque el temor entraña castigo. Quien teme no ha alcanzado la plenitud en el amor». Este es el texto que marca y después os voy a repartir, para nuestra oración, un papel a cada uno, en el que está incluido este texto y algunos textos patrísticos que hacen referencia al tema que voy a comentar.

Yo, sobre todo, me quiero referir a esto de que “hemos conocido y hemos creído en el amor de Dios”. La palabra “conocer” yo creo que viene a hacer referencia a que tenemos una experiencia interior del amor de Dios. Y la palabra “hemos creído” yo creo que va más allá, diciendo: «yo sé que todavía esa relación de amor va más allá de lo que yo vivo. Lo conozco, pero lo creo. Lo conozco porque Dios me ha dado la gracia de experimentarlo, pero sé que va más allá de lo que yo he podido experimentar la unión de amor con Dios, y creo que podría alcanzarla por su gracia». Nosotros hemos conocido y hemos creído en el amor de Dios.

Centrando la cuestión, alguno diría que esto del enamoramiento con Dios es poco creíble, un término piadoso un tanto forzado. Quizás poco creído sí que es; ahora, poco creíble no y vamos a intentar demostrar que no es así. La primera clarificación es decir que **no es nada artificial hablar de enamorarse de Dios**. Enamoramiento significa amor intenso y creativo, total y totalizador, sin límites, sin restricciones, sin condiciones, sin reservas. Así entendemos la palabra enamoramiento. Visto así es natural que la criatura se enamore del Creador, es más, en rigor sólo quien es amor sin límites puede ser amado sin límites, en rigor solo la bondad y la ternura infinita pueden ser amadas de esta manera. En rigor solamente Dios se merece el enamoramiento pleno. Lo metafórico es aplicar ese término a las relaciones humanas, también verdadero, pero es algo metafórico porque el sentido pleno y total de ese enamoramiento por la totalidad, solamente se puede tener con quien es total y pleno. Y esto, además, ha habido algunos casos que incluso dentro del judaísmo y dentro del islam también han hablado de este mismo término del enamoramiento.

En este libro que estoy aquí utilizando, Amadeo Cencini cita el caso de un testimonio de una judía holandesa, Etty Hillesum, que fue asesinada en Auschwitz, en el campo de concentración, con 29 años, y del diario de sus cartas extrae la siguiente frase: «Las cartas a Dios son las únicas cartas de amor que se deben escribir. Y esa es la sensación que yo tengo de manera perpetua y constante, la de estar en tus brazos Dios mío, protegida, abrigada, impregnada de una sensación de eternidad». Fijaros que es impresionante que una mujer judía... que por cierto, en el judaísmo no existe el concepto del celibato o de la virginidad, en ese sentido no existe, y no existiendo en ese sentido de enamoramiento con Dios desde la vía del celibato de la virginidad, sin embargo, dice que las únicas cartas de amor, en el sentido pleno, que se pueden escribir son las cartas dirigidas a Dios. Por lo tanto, la primera clarificación es que no es nada artificial hablar del enamoramiento de Dios.

Segundo, segunda clarificación: **el enamoramiento es la condición natural de todo hombre**. Enamorarse no es peculiaridad de los caracteres pasionales (hay cierta gente pasional que se enamora) sino que el ser humano está hecho para esto y no puede dejar de entregarse y abandonarse totalmente. Sin enamoramiento al hombre le falta algo esencial. Hay textos que son impresionantes, por ejemplo el de Apocalipsis 3, 16: «Ahora bien, puesto que eres tibio, ni frío ni caliente, te voy a vomitar de mi boca». Parece que esa recusación tan fuerte de la tibieza, de la mediocridad, precisamente es una recusación del no enamoramiento. Obviamente aquí no utilizamos la palabra enamoramiento en un sentido reductivo, como a veces se distingue de que una cosa es el te deseo, otra cosa es el te quiero y luego otra cosa es el te amo más maduro. Aquí la palabra enamoramiento incluye a todas las fases del amor, eso que nosotros a veces llamamos enamoramiento a un primer amor, a un primer flechazo inmaduro que luego ...eso no, aquí la palabra enamoramiento la entendemos en un sentido de un amor totalizante.

Supuesto eso, hablamos del enamoramiento del célibe o del virgen. Me llamó la atención, supongo que a vosotros también se os quedaría el detalle que dijo Amadeo Cencini, que a él no le gusta hablar tanto de celibato cuanto sí de virginidad. Me llamó la atención. Decía que, si hablas de celibato parece que, en nosotros sobre todo, es más estado de vida mientras que la palabra virginidad no es sólo ese estado de vida; la palabra virginidad hace referencia más a tu esponsabilidad, a las vírgenes que salen con la lámpara encendida a la llegada del esposo. Es otro término, no es un estado de

vida, es otra cosa. Y por cierto, me llamó la atención eso, el que él dijese que le gustaba más hablar de virginidad que de celibato, y también me llamó la atención que dijese que, aunque sí vamos a hablar del enamoramiento del célibe, del virgen, cómo en el capítulo 9 de Amoris Laetitia se ha hecho, yo creo, que una aportación novedosa en la reflexión del magisterio, porque yo creo que esto estaría dicho antes, pero por lo menos en la reflexión del magisterio sí que es novedoso, sobre el hecho de que también en la espiritualidad del amor matrimonial hay también un aspecto de vocación al amor virginal en la unión con Dios. O sea, pertenecer solo al cónyuge y saber también que no es mío, que es de Dios.

Citando a Bonhoeffer, en Amoris Laetitia dice que el camino de la comunión matrimonial nos tiene que llevar, también, no solamente a entregarse totalmente al esposo y no solamente a entregarse totalmente a la esposa, sino también dice que, en un cierto sentido, es normal que uno se desilusione un poco en el matrimonio, y es sano y es bueno. ¿Por qué? porque uno no le puede pedir al cónyuge lo que sólo se le puede pedir a Dios. O sea, que hay una parte tuya en tu corazón que solo Dios puede llenar y no puedes esperar a que la llene tu esposo o tu esposa. Tú no le pidas a tu esposo que sea Dios porque no puede ser. O sea, que también incluso en la espiritualidad matrimonial hay una vocación virginal a la unión directa con Dios. Es verdad que lo específico del matrimonio es la unión con Dios a través del esposo y a través de la esposa, pero no en el sentido que eso pueda llenar total y completamente tu deseo de amor. También la vocación al amor virginal está también en el matrimonio, aunque sea lo más específico de la vocación celibataria. A mí eso, cuando lo leí en el Amoris Laetitia 9, me hizo pensar que eso también, de cara a nuestro acompañamiento espiritual con los matrimonios, es importante tenerlo en cuenta.

Pasos progresivos para entender que el enamoramiento en la vocación del célibe: primero, **la seducción de Dios**. En el enamoramiento, en el origen del enamoramiento no estoy yo, sino que está el tú de Dios. Esto es particularmente evidente en el caso del virgen porque es Dios quien toma la iniciativa, más aún, es Él quien está enamorado y seduce, más que cualquier enamorado. Es Dios el enamorado y es Dios el que toma la iniciativa. Cuando nosotros conocemos a unos novios, una pregunta podría ser quién le echó los tejos a quién, si se los echó él a ella o ella a él, pues en el caso del caso de nuestra vocación virginal o celibataria esta claro: los tejos nos los ha echado Jesucristo. Y esto, por cierto, nos recuerda eso que hemos escuchado tantas veces de que hay que aprender también a formular en pasivo el primer mandamiento de la ley de Dios: “dejarse amar por Dios sobre todas las cosas”. No solamente amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, sino dejarte amar por Dios.

La seducción humana suele ser inevitablemente fascinante y engañosa. El momento de la seducción suele tener algo de color de rosa, pero por el contrario, cuando Dios nos seduce nos seduce con la cruz, con la perspectiva de una elección que implica renuncia, pide sacrificio, atrae a la soledad del desierto. O sea, que hay que decir que la seducción de Jesucristo no es una seducción de que te pongo un color rosa por delante y luego por detrás vienen los problemas, no. El Señor te seduce desde la cruz y no te esconde las dificultades que vaya a haber, pero es una seducción en verdad, no vendiendo un producto falso. Es la seducción de Abraham, de Oseas, de Jeremías. Pero ojo, que es también a veces la seducción evitada, cuando huimos de la prueba, como por ejemplo cuando nos escapamos de la soledad de la oración. Cuando uno se escaquea de la soledad de la oración se está escapando de la seducción de Dios, que

Dios te lanza su invitación al enamoramiento y tú te escapabas de ese ir al desierto tal y como Él nos lo pide, y así nos incapacitamos, si tal cosa ocurriese, para acoger la seducción de Dios para abrirnos al enamoramiento. Primer punto, la seducción del enamoramiento tiene su origen, tiene su iniciativa en Él que está enamorado de nosotros.

En segundo lugar, **enamoramiento que ilumina la autoconciencia**. Marcos 12, 30 dice: «El primer mandamiento es amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, con todas tus fuerzas». Por eso dice que ilumina la autoconciencia. ¿En qué sentido lo digo? Para enamorarse de Dios son necesarias también las manos y los pies: con todas tus fuerzas, con toda tu mente, con todo tu ser. Es importante la decisión, la acción, la razón, la sensibilidad; hace falta toda la vida y todo el latido del corazón porque Dios es el más amable de todos los seres, y entonces enamorarse de Dios es también tomar conciencia, es iluminar la autoconciencia de cuántas facetas hay en mi vida que necesitan implicarse en esa respuesta al amor de Dios. El amor de Dios desvela, nos desvela quién somos nosotros mismos, nos hace tomar conciencia de las posibilidades escondidas que tenemos, inéditas, con las que tenemos que responder a Dios por tierra, mar y aire, hablando en plata, casi exprimiendo hasta el máximo todas las capacidades que tenemos para responder a la llamada de Dios.

Porque muchas veces ocurre que uno responde a Dios... ¿tú amas a Dios sobre todas las cosas? Sí, sí que lo has dicho desde un primer nivel tuyo, pero ¿con toda tu mente, con todo tu ser? esto implica un montón de facetas de nuestra vida que nosotros suponemos que han entrado en juego, pero hay muchas cosas que todavía en ti faltan por enamorarse y falta por responder a Dios. Cuando Dios te dice a ti: «Yo estoy enamorado de ti», es totalmente, me explico, en Dios no hay partes. Dios es simple, Dios es sencillo y cuando Dios dice: «estoy enamorado de ti», ahí no hay ninguna carta guardada bajo la manga. Pero nosotros, por nuestra complejidad interior, respondamos a ese enamoramiento y que eso implique todo nuestro ser, es un auténtico reto. Por eso dice el segundo punto que, nos hace caer en cuenta, esa necesidad de responder a ese amor de totalidad, de hasta qué punto tenemos que movilizar toda nuestra vida para que nuestra respuesta sea total y no solo parcial, tomando conciencia de mis miedos, de mis resistencias, del sentido del vértigo que me da responder a ese horizonte infinito que es Dios. Nadie como el enamorado de Dios conoce los muros y los subterráneos del propio corazón. Dice: «yo me doy cuenta que tengo muchos muros, que tengo muchos subterráneos porque quiero responder a Dios y me doy cuenta, que ojo! que eso es una... porque el que no se toma en serio la respuesta, ni se pone a pensar esto.

Tercer punto: **enamoramiento que funda la libertad**. Se le suele poner bajo sospecha al que está colado, como decimos, porque se supone que ha perdido la autonomía y la libertad, ve por los ojos de la otra. Con Dios sucede lo contrario porque el enamoramiento provoca no sólo un aumento de autoconciencia, como he dicho, sino también el nacimiento de la libertad. El enamorado, en efecto, goza de la certeza de ser amado y de amar, que son las dos certezas de las que brota la libertad afectiva. Repito esto que me parece muy importante: la verdadera libertad brota de dos certezas: de que me sé amado y de que estoy llamado a amar. Primero, saberme amado me da una gran seguridad. No me tengo que estar demostrando a mí mismo las cosas, sino que sé que soy amado, o sea, eso lo tengo garantizado y no tengo miedo a dejar de ser amado porque cuando dice: «bueno, me quieren pero, ¡vete tú a saber si mañana me van a

seguir queriendo! » no, Dios me va a amar y su amor va a ser definitivo, con lo cual yo no tengo ese miedo de qué va a ser de mí el día de mañana, y eso me da una gran libertad. Y pasa una cosa, he comentado el saberse amado, pero el saberse llamado a amar me libera de muchas cosas porque, cuando no se ama, se suelen mendigar afectividad o se buscan compensaciones. El que no ama entra ya, como nos decía Amadeo en una de sus charlas, entra en el territorio de las compensaciones. Es inevitable: o amas o buscas compensaciones, ese es un terreno inevitable. Luego, en el fondo, el saberme amado además con plena seguridad, por encima de mis méritos, saber que soy llamado gratuitamente, me libera de muchos miedos de qué será de mí, y el saberme llamado a amar me libera de muchas esclavitudes porque si no amo, me voy a entregar a muchas esclavitudes. En el fondo, esto es lo que funda la libertad. Soy amado, luego existo. Muchas veces solía repetir así, un poco en plan provocativamente, esa frase contra Descartes: “soy llamado, luego existo.” Es verdad, esto es lo que funda la libertad y el mundo no lo entiende.

Ahora bien, libre no quiere decir aislado en una nube, estilo zen, donde no hay dolor y no siento dolor ni sufrimiento de ninguno y me aísla. No, eso no quiere decir eso, esa no es la libertad cristiana de quien se aísla del dolor, no, los tiros no van por ahí. Quien está enamorado de Dios se siente amado y amable, pero no por ello queda insensibilizado ante el amor humano, como si no tuviese necesidad de él o como si no le afectase lo que pasa a la gente o como si no lo hiciese sufrir. Por el contrario, desde la pureza del amor de Dios crece en nosotros la sensibilidad para apreciar con agradecimiento los gestos de amor que están a nuestro alrededor y los sufrimientos también que nos llevan porque el mundo sufre y nosotros no podemos dejar de sufrir por ello. Por el contrario, cuando no se parte de esa certeza del amor, entonces es inevitable, en ese mundo de las compensaciones, el caer en ser posesivo, insatisfecho, celoso, ávido, avaro, avasallador, teniendo un tormento interior. Y una frase redonda: el célibe que no está enamorado de Dios no es libre para dejarse amar. Y vive muchos tormentos cuando el célibe, cuando el virgen no está enamorado de Dios, no es libre para dejarse amar y entonces vive unas relaciones que suelen ser tormentosas con quienes nos rodean, o posesivas, o de pretender buscar reconocimientos, de compensaciones y de mal rollo porque no has partido en tu vivencia de la virginidad en el enamoramiento de Dios.

Cuarto aspecto: **enamoramiento que extiende nuestros límites.** El enamoramiento no comporta fagocitar al otro, «tú eres mío», sino todo lo contrario: soy yo el que extiende los propios límites a los del amado, desplegándolos hacia él, hacia sus valores e intereses, para ser como él, e identificarse con su destino. Y el amor, en efecto, une a los semejantes o los hace semejantes o los llega a hacer semejantes; es una auténtica acción transformadora. Y cuando hablamos de enamoramiento de Dios, esto nos lleva a amar como Él, de lo contrario, al célibe le pesará la vida y no tendrá la fecundidad asociada a la paternidad de Dios. Le puede pesar la vida. Me acuerdo mucho de una anécdota que contaba un sacerdote que, creo que era siciliano, que contaba anécdotas de la catequesis y contaba que un niño, en la catequesis, un día le preguntó y le dijo: «oye, ¿tú eres amigo de Jesús o sólo trabajas para él?». El niño, yo me imagino que le hizo esa pregunta sin ser consciente de toda la carga que podía tener esa pregunta, porque tú verás, el niño no era consciente de qué estaba diciendo cuando decía eso, Y al sacerdote, la verdad, es que el chaval le dio materia para hacer ejercicio espiritual en los próximos años. Le dice: «oye, ¿tú eres amigo de Jesús o sólo trabajas para él?» por el amor de Dios ! que parece que Dios ha cogido a este niño y ha abierto su boca para sacudir mi corazón. Es cierto que cuando no partimos de ese enamoramiento de Dios

pesa la vida, y además de que pesa la vida, no tendrá la fecundidad asociada porque el enamoramiento de Dios, a diferencia del humano, no es exclusivo sino inclusivo, es decir, incluye de inmediato a los otros, como parte integradora de ese amor. Es capaz de abrirse a las relaciones humanas, querer a más gente, tener una capacidad de empatía con los demás y al mismo tiempo, amar sin poseer que eso es un signo del amor fecundo del célibe; amar sin exclusiones, amar sin sentir bloqueos: es que yo a estos, no sé qué pasa, pero no llego. Bueno, una cosa es que no llegue en el sentido de que los otros no abran su puerta, pero no que yo me vea con límites de poder amar a alguien. Amar sin poseer.

Quinto punto: **enamoramiento que madura la identidad.** En un enamoramiento sano, el “yo” crece en la relación con el otro, en un equilibrio entre dependencia y autonomía. Lo lógico es que exista un equilibrio, cuando se ama tiene que haber siempre un equilibrio entre un amor que crea un vínculo pero que tiene que tener una autonomía entre las dos cosas. Esto se hace particularmente evidente en el caso del virgen. La relación intensa y apasionada con el Señor te revela la propia identidad, lo que somos y lo que estamos llamados a hacer. Nuestra identidad está escondida con Cristo en Dios y al mismo tiempo que te ha madurado tu identidad te permite ser libre para los demás, te permite ambas cosas. A la luz del Verbo encarnado, decía Gaudium et Spes, descubre el hombre su propia identidad. Quizás haya otro tipo de amores que por el grado de dependencia impidan la autonomía de la persona; no es el caso del amor de enamoramiento con Dios. A mayor enamoramiento con Dios, mayor libertad de autonomía para poder amar a los demás; no es excluyente, es inclusivo.

Sexto punto: **crecimiento en la libertad afectiva.** La libertad no es tanto cuestión cuestión de independencia y autonomía. En nuestro mundo le preguntas ¿en qué consiste la libertad? en tener autonomía, en tener independencia. La libertad es cuestión de amor y de amor intenso. Es libre quien, ante todo, posee aquellas dos certezas de las que ya hemos hablado: ser amado y amar. Pero lo es plenamente y en el máximo grado quien elige depender en todo de aquel a quien ama y es llamado a amar, venciendo a falsos apegos. Es decir, no basta con decir: «yo tengo dos convicciones y es que soy llamado por Dios con todas las consecuencias y ese amor de Dios es seguro y estoy llamado a amar», sino que esos grandes ideales ahora es cuestión de que uno diga: «yo los voy a poner en juego en las cosas concretas de la vida eliminando falsos apegos» porque yo quiero, en todo, depender plenamente de ese amor de Dios. Y si resulta que yo, en todo, quiero depender plenamente de ese amor de Dios y observo que porque alguien me cambia un plan, que yo tenía puesto, pierdo la paz y me pongo nervioso, entonces, vamos a ser claros, una cosa es que yo, en teoría, había dicho que quiero depender sólo del amor de Dios, pero ha habido un apego concreto porque si alguien que me cambia el plan que yo tenía establecido me hace perder la paz interior, entonces mi corazón no estaba descansando únicamente Dios, me había apegado a determinadas cosas.

Luego el examen de los apegos interiores, en el fondo, también es un examen de si, esos grandes ideales están dependiendo únicamente del ser amado por Dios y de amar en los retos que Dios ponga en mi vida, si eso es una teoría o si eso llega también a traducirse y a concretarse en las cosas pequeñas de la vida, porque el mundo de los apegos llega a hacer que esa teoría se quede en papel mojado. En la medida que yo estoy haciendo apegos a cosas concretas, a planes, a cosas, a personas entonces hacen una teoría vana y depende de estar fundado en el amor exclusivo de Dios. No es

verdadera la libertad que nos lleva a depender de lo que no somos llamados a amar. Si yo estoy dependiendo de lo que no estoy llamado a amar, mal asunto. Si estoy dependiendo afectivamente de un cargo, por ejemplo, si me dan un cargo o no me dan un cargo, yo estoy llamado a amar un cargo... hombre, yo no estoy llamado a amar un cargo, pues si resulta que mi libertad, mi paz interior está dependiendo de algo que no estoy llamado a amar, mal rollo, hay un apego, es una es una falsedad en la que está construida nuestra vida.

Punto séptimo: **valor para permanecer**. Quizás enamorarse sea fácil, lo difícil es permanecer en el amor, en las alegrías y en las penas. Aquí el amor, cuando verdaderamente es el amor de Dios, se caracteriza por ser permanente, por no tener que estar sujeto a los altibajos. Alguien dijo que el enamoramiento es la formación permanente del amor. Y esto no quiere decir, por un lado, que la pasión de los inicios tenga que permanecer con fuerza idéntica durante el tiempo, no quiere decir eso, pero tampoco quiere decir que el amor esté obligado a disminuir o reducirse y que lo máximo a lo que se puede atender es simplemente a no traicionarlo, a llegar un momento en el que yo con que no traicione basta. No, tampoco quiere decir eso.

Estamos llamados a mantener el ideal de permanecer en el amor quiere decir que, aunque el amor tenga muchas estaciones, primavera, verano, otoño, invierno, todas son importantes para el ciclo completo de la vida en Cristo. Y siempre estamos llamados a redescubrir el amor primero y a que todas las estaciones, con las consolaciones y las desolaciones y con los altibajos que hay en la vida, y en todas ellas no hayamos dimitido nunca del ideal de la santidad. Eso quiere decir permanecer en el amor: no dimitir nunca del ideal de la santidad. Lo que cualifica la existencia y el amor del célibe no es la posesión tranquila de un amor fácil, sino que a veces solo trae la nostalgia, la tristeza por haberse enfriado. Cuando uno tiene la preocupación porque se haya enfriado en el amor primero, eso es buen asunto. Solamente esa preocupación es buena señal. Lo peor es que no tuvieses la preocupación de que el amor primero permanezca con la llama encendida. El cáncer sería que eso no fuese objeto de preocupación y que el ideal de esta entidad hubiese pasado a ser una cosa de esas que ya no nos atrevemos a hablar de ella, porque a veces ocurre que incluso hablar del ideal de la santidad, etc te ruboriza un poco como diciendo: «es que no estamos ante carmelitas» y cosas por el estilo.

Octavo punto: hemos dicho permanencia y ahora dice el último punto: **presencia, ausencia**. Para alcanzar la madurez afectiva es necesario aprender a vivir la presencia, pero también la ausencia del otro, hasta el punto de vivir la presencia en la ausencia y la ausencia en la presencia. Así sucede también en la vida del virgen, del célibe. Cristo me llena, pero mi satisfacción no es plena. Es lógico que uno viva la tensión entre el que ya estoy unido al Jesucristo, pero todavía me dé cuenta de que mi deseo de unión con Él se queda corto. Es lo que he dicho yo al principio: «hemos conocido, pero hemos creído», porque yo todavía sé que lo que he conocido es parcial y creo que será superior mi unión con Jesucristo. Se trata de aprender que la ausencia forma parte también de la relación humana y que es necesario saber esperar, y que Jesús me da las arras, a mí me ha dado las arras ya de la felicidad, pero que esa felicidad plena que yo espero solamente la voy a tener en el cielo porque aquí existen unos determinados límites para que ese enamoramiento de Dios lo disfrutemos plenamente.

A mí me suele gustar mucho, también cuando me acerco a la eucaristía, decir: el cielo no será más que esto; el cielo será estar con Jesucristo y aquí estoy con Jesucristo, sólo que allí podré disfrutarlo plenamente y aquí mi nivel, mi capacidad de disfrute es limitada, pero el cielo no será más, será esto pero con una capacidad superior de disfrutarlo. Mientras tanto, voy a tener paciencia, me explico, porque a nosotros lo queremos es disfrutarlo todo. Oye, lo importante es estar con Él. Y ¿qué es más importante del cielo: estar con Dios o el disfrute de estar con Dios? yo creo que es más importante estar con Él, aunque igual uno no disfrute, no tenga la capacidad de disfrutarlo plenamente porque la capacidad de disfrute que quieres es limitada. Hay que tener la paciencia y decir: «Señor, estoy aquí, llevo una hora contigo y vaya rato de oración que estoy haciendo por el amor de Dios. Este rato de oración que hecho deja mucho que desear, pero estoy contigo». Y esto es el cielo, el cielo está aquí, y saber esperar a la plenitud que el cielo pueda tener, que es nuestra plena capacidad de disfrutar con Él.

Se trata de que, ahora, apreciemos las arras de la presencia de Dios y que las consolaciones que Dios nos regale las entendamos como adelantos de las arras de Dios, y de este modo capacitarnos para rechazar las tentaciones de llenar con sucedáneos la insatisfacción por el vacío de la ausencia. Porque, lo malo eso ocurre, es que como yo aquí no puedo disfrutar plenamente entonces busco sucedáneos por aquí y por allá porque no soy capaz de vivir en plenitud el proceso de satisfacción de la vida espiritual. No en vano en la propia revelación es Jesús quien se manifiesta como el ausente y el presente, y a veces juega un poco a decir «aquí estoy, aquí me escondo». Aquel que muere y resucita, que se manifiesta y se oculta, se revela y se deja tocar, pero luego dice: «no me toques, mujer», «pero hombre, ¿cómo le has dicho eso a la Magdalena? y dices: no me toques, que todavía no he subido al Padre?», y dice: «pero hombre, no te entiendo, Jesús, no te entiendo. Ahora dejadme que te toque». Este es un poco también ese misterio de presencia y ausencia. Está cerca del corazón del amante y se aleja de él hasta ser perdido de vista, y esto forma parte de la vida espiritual. Pero por otro lado, el virgen anuncia también ante sus hermanos, aunque él viva a la presencia de la ausencia, el virgen, delante de todo el mundo cristiano, está anunciando una presencia y sin duda alguna es una lámpara encendida ante los demás.

En la diócesis de Madrid, celebré el sábado la misa por la mañana, antes de retornar de la plenaria con unas carmelitas, en un monasterio que está cerca de Arturo Soria, fundado por San Juan de la Cruz. Estuvo San Juan de la Cruz en la fundación, Santa Teresa no estuvo pero si estuvo San Juan de la Cruz, ¡fíjate si es antiguo! y me contaron cómo habían recibido visitas de jóvenes de algunos colegios, etc en una iniciativa organizada por la diócesis que me gustó mucho el nombre que le habían puesto, tenían un muy buen marketing y le había puesto como nombre: “Lucas en la ciudad” y visita estos monasterios que están aquí perdidos en la gran ciudad. Y es cierto, que el virgen está también encendiendo una luz ante la ciudad en el mundo, en el desierto, donde sea, de que hay una presencia de Dios, cual si fuese la lamparilla esa que se enciende cerca del sagrario para anunciar una presencia. El célibe es una lamparilla encendida diciendo hay Dios, Dios está aquí, está presente y es capaz de llenar nuestro corazón y de hacernos felices.

Bueno, esta es un poco la reflexión sobre estos aspectos concretos del enamoramiento de Dios. Y termino volviendo a leer el texto de la primera carta de Juan: «Y nosotros hemos conocido y hemos creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es amor, y el que

permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él. En esto ha alcanzado el amor la plenitud de nosotros: en que tengamos confianza en el día del juicio, pues según es Él, así seremos nosotros en este mundo. No cabe temor en el amor; antes bien, el amor expulsa el temor, porque el temor entraña castigo. Quien teme no ha alcanzado la plenitud del amor».

Os he preparado una hojita en la que se ofrecen algunas series de textos que son del propio Amadeo, textos de Orígenes, de San Gregorio de Nisa, de Agustín, sobre el enamoramiento con Dios, y también os he incluido esta primera carta de Juan para que recemos con ello.